

EL ARTE DE LA LIBERTAD: DE WOOLF A KEROUAC A BANKSY

WARHOLA

Hoy somos más libres que nunca y no tengo números que lo prueben. Puedo decir que al escribir esto no tengo que preocuparme por criterios de censura ni cánones artísticos. Puedo escribir cualquier cosa y publicarla. Mandarla a un concurso, subirla a internet, repartir panfletos. Y se vale. Todos lo hacen. Si algo ha concluido el debate actual sobre la libertad es que resulta inmensurable. No sabemos si se traduce en justicia o bienestar, ni cómo calcularla. Sabemos que somos libres. El instrumento de medición que encuentro más adecuado —a pesar de su subjetividad— es la creación artística, porque, como “ventana ficticia del tiempo en que se crea”,¹ demuestra, en la postmodernidad, una falta de escrúpulos aceptada y hasta admirada al momento de hacer arte. El arte contemporáneo significa la autoconsciencia total de que podemos hacer cualquier cosa.

El liberalismo ha sido la doctrina predominante por los últimos cuatro siglos en Occidente. Hizo que la ciudad remplazara al campo; la ciencia, a la religión; el progreso, a la “edad de oro”; la iniciativa individual, al control social.² Somos libres desde el siglo XVIII y tenemos derechos que lo prueban. Pero, ¿cuán profunda era esta libertad hace doscientos años (poco después de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano) si la producción artística permanecía proscrita a estándares conservadores? Baudelaire, Flaubert y otros empezaban con dificultad la vanguardia y la crítica a lo preestablecido, con un enfoque individualista débil y poco aceptado. La modernidad de que se jactaban los artistas

¹ Jean Baudrillard, *Cultura y simulacro*, Barcelona, Kairós, 1978.

² Harold Laski, *The Rise of European Liberalism*, Londres, Allen & Unwin, 1958, p. 12.

del siglo XIX era científicista y universalista; “no tenía ningún aire de teoría, convicción ni consciencia de sí”.³ La falta de enfoque individual artístico era reflejo de cierta tendencia social hacia el comunitarismo, hacia considerar el papel social del individuo (y del artista) antes que su voluntad o percepción. En realidad, la hegemonía liberal no tuvo la fuerza que le adjudicamos hoy sino hasta empezado el siglo XX; fue el movimiento modernista el que abrió las puertas a la libre expresión. Es decir que exclamation ¡Somos libres! no significa lo mismo hoy que hace cien años, ni otro siglo atrás. En todos los casos pudo parecer cierto, pero definitivamente los estándares han cambiado.

¿MODERNISMO O MODERNIDAD?

Es importante hacer una distinción entre el modernismo y la modernidad. Mientras que el primero es un concepto eminentemente cultural, el segundo es eminentemente político. La libertad fue primero política; significó soberanía popular, división de poderes, constitucionalismo y libertades individuales para la nueva República Francesa, el recién formado Estados Unidos y la Hispanoamérica independiente. El liberalismo político logró a su vez transformar la economía y la tecnología, de lo que surgirían el *laissez-faire* y la Revolución Industrial. Pero no sería sino hasta el siglo XX que comenzaría una interiorización social de los principios liberales, puesta en evidencia por el movimiento modernista. El modernismo fue resultado de la modernidad, pues, para que surgiera un movimiento artístico que proclamara la liberación y la innovación como sus máximas, fue necesaria una sociedad relativamente liberal, que diera cabida a los

³ Como señala Henry James respecto a la literatura victoriana. Cit. por Nicholas Shrimpton en “The Post-Romantic and Romantic Eras”.

nuevos impulsos artísticos.⁴ El modernismo, entonces, fue un indicador del avance del liberalismo, porque hizo uso de las sociedades liberales para generar nuevas corrientes y propuestas, que se encargaron siempre de protestar contra lo establecido en el pasado inmediato. Este movimiento se tradujo en el reconocimiento del derecho del individuo a ser diferente.

Todos los modernistas tenían en común “la convicción de que lo no probado es marcadamente superior a lo familiar, lo raro a lo ordinario, lo experimental a la rutina”.⁵ Y esta idea está con nosotros hoy. Ya no tiene que defenderse a capa y espada, porque los modernistas nos dieron este regalo. Como creía John Stuart Mill, un hombre que actúa de modo distinto al que la sociedad establece sólo puede beneficiarla, ya sea porque hará algún tipo de descubrimiento o porque se aprenderá de sus errores.⁶ La sociedad, sin embargo, casi siempre se encargaba de juzgar a quienes actuaban “extrañamente” y es este hábito al que Mill adjudicaba el estancamiento. Para este autor, “la autoconsciencia [era] el demonio de los hombres de genio de [su] era”,⁷ precisamente porque las sociedades occidentales de hace doscientos años no daban la bienvenida a la innovación como se hace hoy. La sociedad limitaba el comportamiento —y con éste la creación artística— a lo moralmente aceptado y lo conocido. Dado que los hombres temían a lo diferente y actuaban de acuerdo a esta máxima, las artes no podían más que reflejar estancamiento; las escuelas románticas del siglo XIX y aún las realistas de principios del XX rechazaban fuertemente los intentos modernistas de liberación. Por esto el modernismo significó una guerra contra lo preestablecido,

⁴ Peter Gay, *Modernism*, Barcelona, Paidós, 1997.

⁵ *Ibid.*

⁶ *On Liberty*, Nueva York, Norton, 1975.

⁷ *The Spirit of the Age*, 1778.

lo conocido, lo “ya hecho”. Hoy, no podemos decir que el arte contemporáneo represente una guerra contra sus predecesores modernistas, porque la barrera de la expresión ya está rota.

LA SEÑORA WOOLF Y LA SEÑORA BROWN

La literatura angloamericana de los años diez y los veinte —mejor expresada en las obras de D. H. Lawrence, T. S. Eliot, James Joyce y Virginia Woolf— resultó revolucionaria en su concepción del individuo, porque logró demostrar que, durante todo el siglo XIX y aún a principios del XX, el arte no expresaba realmente la perspectiva individual. Virginia Woolf veía en la literatura victoriana “una imperfección rutinaria”, cuyo principal logro había sido mostrar “lo que ciertamente puede hacerse, pero ciertamente no es deseable hacer”.⁸ Sí, las relaciones humanas habían cambiado, por las nuevas formas políticas y económicas, pero el arte no era aún individualista, fallaba al expresar el liberalismo predominante. Antes del modernismo, el individuo se comprendía aún como una parte de la sociedad antes que como individuo *per se*.

En su ensayo, *Mr. Bennett and Mrs. Brown*, Virginia Woolf hace un ataque violento a la literatura que le precede, porque considera que es incapaz de retratar las nuevas relaciones humanas. Mediante la creación de un personaje ficticio (la señora Brown), Woolf procede a explicar que, al describirlo, los escritores se concentrarían en sus posesiones y su alrededor, nunca en su carácter verdadero, “nunca en la vida, nunca en la naturaleza humana”.⁹ La señora Brown no es cualquier individuo, es *el* individuo, y Woolf exige a los nuevos escritores tomarlo

⁸ “Modern Fiction”, en su libro *The Common Reader*, Londres, Hogarth Press, 1919.

⁹ *Mr. Bennett and Mrs. Brown*, Londres, Hogarth Press, 1924.

en cuenta. En esta defensa de los elementos internos del personaje, Woolf no habla sólo de lo literario, sino de la concepción general del individuo. El ensayo expresa una inquietud de reconocimiento universal, porque el individuo “es tan visible para ti, que guardas silencio, como para nosotros que contamos historias sobre [él]”.¹⁰

Si el arte había sido incapaz de retratar la perspectiva individual, ¿es seguro decir que el liberalismo dominaba todos los ámbitos de la vida humana? Según Woolf, la convención materialista funcionaba, porque, en el siglo XIX, “la propiedad era el lugar común por el que se procedía a la intimidad”.¹¹ El rol social, además, era preponderante a la voluntad del individuo. Puede decirse que el liberalismo había otorgado a los individuos derecho a la representación, en lo político; libre mercado, en lo económico; alejamiento de la religión, en lo social; pero la concepción del individuo preponderante a su identidad social, el reconocimiento de su existencia subjetiva, fue lograda paulatinamente durante el siglo XX.

Virginia Woolf y James Joyce emplearon la técnica literaria del flujo de consciencia como oposición al materialismo victoriano. Quienes empleaban esta técnica “intentaban realzar lo único, la experiencia puramente personal, [...] retratar otros modos en que los humanos pueden expresarse, ver la vida como una serie de intensidades emocionales que involucran una lógica distinta a la del mundo racional”. Significaba, además, tener “un verdadero interés en el hombre, la sociedad y la civilización”.¹² Estos escritores proponían una crítica artística

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ _____.

¹² John Holloway, “The Literary Scene”, en Boris Ford (ed.), *The Modern Age*, en *The Pelican Guide to English Literature*, Londres, Penguin Books, 1973, t. 7.

individualista, pues ofrecía una visión mucho más profunda que la social. El subjetivismo y el simbolismo lograron tender un puente entre el consciente y el inconsciente, no sólo de los personajes, sino del escritor y el lector. De este modo, el modernismo reflejó un cambio social hacia el individualismo, que no se percibe en las obras románticas o realistas del siglo XIX. De las novelas *Ulysses*, de Joyce, y *To the Lighthouse*, de Woolf, obtenemos una exploración individual inigualable, porque todo parte de la percepción del personaje. Ya no importa cuánto dura un minuto ni de qué color es el cielo, sino cómo lo perciba y qué signifique para el individuo. Se puede identificar al modernismo, entonces, como un indicador del asentamiento del individualismo en la sociedad y el reconocimiento de un papel individual con igual o mayor importancia que el social. Este análisis de la producción artística permite comprender el largo camino que hubo entre la constitución política del liberalismo y el entendimiento real, en la sociedad, del papel del individuo.

LA LIBERACIÓN *BEAT*

Así como los modernistas defendieron el papel del individuo en general, los exponentes de la literatura *beat* estadounidense se encargarían de defender al individuo que es distinto, que está fuera del *mainstream*: drogadictos, homosexuales, los “emocionalmente desposeídos” y los enfermos mentales.¹³ Según Kerouac, Ginsberg y Burroughs (los iniciadores del movimiento), su obra tenía un efecto reivindicador del valor libertario. A pesar de lo moderna que podía parecer la sociedad estadounidense de los cincuenta, los *beatniks* sentían violada

¹³ Ann Charters, *The Portable Beat Reader*, Nueva York, Penguin, 1992, p. 4.

su individualidad en una época de masificación y desarrollo tecnológico. El “ritmo” de los *beatniks* significaba una identificación con el vocabulario relajado de los cantantes de jazz, un alejamiento de la sociedad convencional y los criterios rígidos del lenguaje. Así, los *beats* llevaban la poesía “de vuelta a las calles”.¹⁴ Como los modernistas, pretendían que el lenguaje produjera un trance en el lector, conectándolo con perspectivas individuales subjetivas. La expresión indisciplinada e incoherente peleó por su aprobación y ganó, otorgándonos aún más libertad de expresión. William Burroughs incluso llegó a declarar que América es un lugar más libre como resultado del movimiento *beat*. Como James Joyce treinta años antes, Allen Ginsberg se vio obligado a ir a juicio para defender su obra, pues *Howl*, igual que *Ulysses*, era considerado pornografía por muchos. Así, obras como éstas determinarían la libertad artística de la postmodernidad. Cuando ya no es necesario defender el valor de la innovación, el individuo es libre de expresarse de cualquier modo que considere adecuado.

El arte es la expresión más profunda de cualquier concepción de libertad que se tenga. En una sociedad habrá mayor experimentación e innovación artísticas en la medida en que sea libre de expresarse. En el periodo modernista, en la generación *beat*, la libre expresión se tradujo en revoluciones intelectuales, porque los artistas lograron que la sociedad admitiera la franqueza. Vivir en la sociedad de la libertad no significa necesariamente estar de acuerdo con ella ni alabarla. Los *beatniks* demostraron que el arte podía crearse de acuerdo a su propio ritmo; hicieron y escribieron de todo: las drogas, el sexo, las vidas marginales eran su versión de libertad, y contar su historia a gritos era una

¹⁴ *Ibid.*

reivindicación aún mayor de su autoexpresión. Diez años antes que los *hippies*, los *beatniks* ya predecían los impulsos de liberación que necesariamente acompañan a la sociedad del consumo. Al final, las premisas *beatniks* y *hippies* no valen por su inspiración a abandonar la sociedad, sino porque todos los valores de liberación que defienden, que parecen tan contrarios a la sociedad al principio, acaban por hacerse comunes y aceptables dentro de ésta (pensemos en la libertad sexual y en ciertas drogas, por ejemplo). El individuo, hoy, puede hacer muchas de las cosas que defendían los movimientos de vanguardia, porque la sociedad incorporó los deseos apremiantes de expresión. Los *beatniks* no podrían haber defendido a los marginados sin que los modernistas transformaran la percepción del individuo, así como hoy el arte contemporáneo no podría defender grafitis y *performances* si no fuera por la liberación que permitieron los movimientos anteriores.

LA LIBERTAD DE LO CONTEMPORÁNEO

Hoy, la postmodernidad nos da la certeza de que podemos crear y expresar cualquier cosa. Postmoderno significa que las puertas a la libertad están abiertas, y que la creación ya ni siquiera se contrapone a un pasado artístico opresor. El arte contemporáneo ha perdido en cierta medida su sentido porque ya no necesita protestar contra patrones conservadores. El arte ya sólo es. Y cualquier cosa puede ser arte. “El nuestro es un periodo de pluralismo profundo y tolerancia total. Nada se descarta”.¹⁵ La libertad artística, como la política, significó comprender las cosas a partir de la percepción individual y no de cómo se supone que sean en general. Como señala Arthur Danto, el cambio en la percepción del arte es

¹⁵ Arthur Danto, *After the End of Art*, Princeton, Princeton University Press, 1997, p. xiv.

parecido al cambio filosófico que comenzó el liberalismo: la pregunta deja de ser cómo son las cosas realmente y comienza a ser cómo las percibe alguien de acuerdo a su entorno.¹⁶

En palabras de Steven Connor, la entrada a la postmodernidad significó que la innovación y la experimentación barrieran la actividad artística y cultural de Occidente.¹⁷ Desde los años setenta, el arte ya no tiene que probarse nada a sí mismo; ya no lucha contra un pasado opresor, sino que es totalmente libre. Incluso la cultura de masas reclama la seriedad de la alta cultura, porque ahora todos tienen derecho a expresarse y a ser escuchados. (Debemos a las llamadas redes sociales la democratización de la comunicación.) Vivimos en la época de la libertad, la época dorada del capitalismo. Pero libertad significa no estar conforme ni siquiera con eso. Un grafiti de Banksy, veinte mil desnudos de Spencer Tunick o una canción de *punk rock* son todas formas de arte que aún se pueden identificar con la protesta. Como los modernistas y los *beatniks*, los artistas de hoy no tienen que encajar necesariamente con la sociedad, así ésta sea liberal. El arte de Banksy es un gran ejemplo de la crítica que prevalece hacia la sociedad actual (por ser consumista o violenta), por más liberal que parezca. Libertad significa tener la opción de defender el comunismo, la anarquía o el fascismo, y que, si no se acepta, por lo menos se consienta, porque estas expresiones de disidencia son parte de la cosmovisión libertaria que nuestra sociedad permite y defiende.

Lo único cuestionable acerca de la absoluta libertad del arte contemporáneo es la pérdida de capacidad de asombro que produce. Algunos autores incluso han

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ *Cultura postmoderna*, Madrid, Akal, 1996.

llegado al punto de declarar “el fin del arte”, puesto que ya no se cree en ninguna narrativa ni se defiende principio alguno. Y es que tanta innovación amontonada en tantas galerías en tantas ciudades progresistas del mundo significa un *stock* casi ilimitado de arte libre, que no obedece —como este ensayo— criterios de censura ni cánones artísticos. Obedecemos, si acaso, a la moda y a los críticos, pero, casualmente, la moda siempre se trata de innovar. A pesar de este defecto postmoderno, y de que no tenemos idea de qué vendrá, debemos admirar, como característica principal y benéfica de nuestra era, una libertad de creación que refleja, en cierto modo, nuestras creencias y comportamiento como sociedad. Nuestro comportamiento no se identifica siempre con la total libertad del mundo del arte; mucho menos cuando recordamos que Latinoamérica no se encuentra invariablemente “a la vanguardia”. Sin embargo, sí puede afirmarse que el siglo *xxi* ha visto la transición a un mundo más liberal y de mayor respeto a la pluralidad. La aprobación del uso de la marihuana y del matrimonio y la adopción gay crecen año con año; son causas que cada vez encuentran más simpatizantes, porque estamos aprendiendo a respetar el derecho a la diferencia. Con suerte, nuestro comportamiento político y social alcanzará algún día al artístico: ya no quedarán causas opresoras que enfrentar ni límites al comportamiento o la creación. La contemporaneidad aseguró al arte, más que un fin, la completa libertad de crear. Cuando esta libertad aplique a todos los ámbitos de la vida humana, se habrá alcanzado la cumbre de la postmodernidad.